

CARLOFORTE - CERDEÑA

Gente de almadraba

Pasaporte al amor y la muerte

–Michel y Rose están en Cerdeña, han alquilado un yate y les gustaría que fuésemos a dar una vuelta por la isla.

La voz de Alain rozaba el teléfono con tono suplicante, delatando una voluntad completamente sometida. Sin fuerzas para recobrar ni un ápice de aplomo, siguió insistiendo con el propósito de convencerla.

–Sol, playa, la brisa del Mediterráneo, unos días diferentes. ¿Qué respondes Isabelle? ¿Te apuntas?

–Mira Alain, no te digo que no, pero déjame pensarlo. Tengo la agenda un poco apretada –mintió Isabelle. ¿Y cuándo sería este fausto evento? –preguntó con un rintintín sarcástico.

–Ellos están allí desde Mayo y después irán a Sicilia, pero ahora se mueven por la costa sur de Cerdeña, es decir que podríamos ir en avión hasta Cagliari, donde nos recogerían. Yo he avisado al hospital que tomaré dos semanas, pero he dejado las fechas abiertas hasta saber si querías venir.

La ambigüedad calculada de Isabelle le desesperaba. En las ocasiones que tenía para verla, cuando iba a buscar al pequeño Pierre, el hijo de ambos, ella le escuchaba con atención, pero no hablaba de sus sentimientos y así él no sabía nunca a que atenerse, desconcertado por los vaivenes inconstantes de una personalidad a los que no podía acabar de acostumbrarse.

Ahora, lo único que le importaba, que le obsesionaba, para ser exactos, era la posibilidad de volver a estar unos días juntos después de que ella le había echado de su casa la pasada Navidad.

La almadraba

El atún rojo es un gran pez pelágico, que se extiende por todo el Océano Atlántico. Año tras año, al acercarse la primavera, emprende un largo viaje de amor que le llevará hacia aguas más calientes. Procedente del Atlántico Norte,

atraviesa el estrecho de Gibraltar y se dirige a las costas del Mediterráneo y llega hasta las islas griegas del Asia Menor.

Pero es también en este tiempo de amor, cuando muchos encuentran la muerte. El atún rojo tiene el instinto de reproducción impreso en el código genético y por esto sigue siempre el mismo recorrido y en el viaje de ida a la estación del amor tiene la carne sabrosa y la hembra lleva las preciadas huevas. Recibe entonces el nombre de atún de ida, de derecho y también de carrera. En esta carrera hace caso omiso de cebos y apenas se alimenta, sólo piensa en el sexo. Y es entonces cuando desde tiempos antiguos, el hombre prepara las trampas conocidas en Italia como *tonnaras* y en español almadrabas, (del árabe: lugar dónde se lucha), para cobrar su tributo al mar. Ésto ocurre entre el 23 de abril y el 13 de junio, o sea de la luna de Mayo a San Antonio. Antes y después de estas fechas son raros los atunes que pasan.

Una vez llegados a las tradicionales zonas de reproducción, que son siempre las mismas, macho y hembra se aparejan en aguas profundas y efectúan el cortejo nupcial golpeándose por el lomo hasta que deciden subir hacia la superficie, en un acompasado y vertiginoso ascenso en espiral. Es entonces cuando la hembra suelta millones de huevos recubiertos por una grasa que les permite permanecer entre dos aguas y es entonces cuando el macho se apresura a fecundarlos expulsando nubes de semen. El torbellino es tan enorme que puede ser visto desde el aire y las avionetas de apoyo a los barcos de cerco, que planean como buitres alrededor de las bandadas de atunes, avistan el destello de los lomos plateados de los peces, la marea de huevos y de esperma que distorsionan el mar, y avisan a la flota. Muchos acabarán en las granjas de engorde, donde permanecerán a veces años y serán sacrificados sin tener una sólo oportunidad de reproducirse.

Una isla de redes

El atún rojo fue tan importante para la vida y la economía de la antigüedad que su imagen se acuñaba en las monedas. Hubo en tiempo en que se extendían las almadrabas por todo el Mediterráneo. Las hubo en Túnez, en Libia, en Turquía, en Mallorca, sobre la Costa Brava y la del Sol.

Aparte de las pocas que quedan en la costa atlántica española, todas han desaparecido. La de Favignana, frente a Trápani (Sicilia), espera ahora las subvenciones que en un futuro permitirán su reapertura, ligada a la inauguración del museo que se está construyendo en los viejos edificios Florio, dentro de un ambicioso proyecto de arqueología industrial. Pero entonces ya será folklore, una reconstrucción con *tonnarotti* vestidos de época.

Sólo quedan activas las tres *tonnaras* del Sulcis (Cerdeña). Entre ellas la de Carloforte, que no se rinde y ha calado sus redes a pesar de tener asignadas unas cuotas tan exiguas que, aunque son absolutamente necesarias para que el atún no sea exterminado como lo fue en su día el bison americano, castigan

a las tonnaras fijas, que son sin embargo las que aseguran una pesca más sostenible. La de Carloforte puede coger doscientas toneladas por si sola, y su límite este año es de una décima parte.

A partir del 23 de Abril, el rais, que es el único y absoluto responsable, ha determinado con precisión el lugar donde se anclarán las redes. El recinto se ha dividido en varias cámaras, cada una de ellas con una función determinada. En Carloforte reciben los nombres de *camera grande o foratrice, bordonale, bastarda, camera di ponente y camera della morte (corpus)*. Las redes, caladas verticalmente, van unidas a un cable de acero flotante señalado por boyas blancas y rosas descoloridas por el sol, y están amarradas al suelo por anclas que pesan unos setecientos quilos cada una.

Todo el rectángulo de redes viene ligado a tierra por una red vertical larga de mil quinientos metros, llamada *coda*. La función de esta rabera es la de engañar a los peces, que solamente miran con el ojo izquierdo, y la confunden con la costa. Así entran en la *foratrice o camera grande*, que tiene la boca en forma de *nansa*, con lo que los peces no tienen marcha atrás. Es la primera jaula. De aquí siguen a la siguiente dejando una abertura que cuando un ejemplar grande la traspasa es seguido por los demás. A veces los buceadores hacen esta función y los atunes les siguen. Así acaban en la cámara de poniente, listos para pasar a la que sellará su destino. *Camera della morte* es el nombre con el que los marineros y pescadores designan la última de las cámaras, formada por redes fortísimas sobre las que se agitarán los atunes agonizantes.

En la primera cámara

A poco de cumplir los cincuenta años, la vida del doctor Alain Giraud había sufrido un cambio tan inesperado como preocupante. Casado con Marie, con la que tenía dos hijas –Valérie y Laurence–, empezó a percibir que el cambio es en realidad lo único permanente el día que Isabelle, la nueva y rutilante visitadora médica de los Laboratorios Macer, apareció en su consulta del Hospital Universitario de Bordeaux. Los sucesos que se sucedieron a partir de entonces tenían a Alain hundido y desesperado hasta el punto de hacerle derramar lágrimas negras al ver todos sus planes contrariados por voluntad de aquella mujer.

Alain era realmente un tipo atractivo, fuerte, de rasgos simétricos, de una elegancia natural. Su cabello, partido en dos por una raya bien trazada, coronaba una ancha frente y justo empezaba a encanecer. Tratándose de un hombre fiel por naturaleza, lo que le ocurrió aquel día podría catalogarse más como un accidente que como cualquier otra cosa.

En su tercera visita, la chica adoptó el papel de presa sentándose con toda naturalidad encima de una camilla con las rodillas juntas y la cabeza inclinada, repasando el prospecto de los Laboratorios para los que trabajaba, mientras

dejaba que los bucles de su pelo negro le cayesen sobre el rostro. Su víctima captó la señal, sus ojos azules ardían con una luz fría pero intensa, y lo que nunca había hecho con una paciente, lo hizo con la joven visitadora. Empujó suavemente la cabeza de Isabelle hacia atrás con la mano derecha y con la izquierda apartó sus cabellos descubriendo unos pómulos un poco hundidos y unos labios trazados en forma de eme. Acercó su boca a la de ella, la chica no ofreció resistencia y Alain encontró de repente un nuevo olor, una nueva turgencia, el aroma casi olvidado de la juventud.

– Vamos, sube –suplicó la chica dando un par de palmadas a la camilla.

–Aquí no, aquí es imposible –protestó Alain con determinación.

Aunque Isabelle se moría de ganas de hacer el amor allí mismo, no quiso insistir en el primer encuentro. Quedaron en un local céntrico, Alain llegó primero, ella apareció a la hora convenida y se dirigieron al *duplex* que sus padres le habían regalado. La chica encendió un porro y se lo ofreció. Alain, que cinco años atrás había logrado dejar el tabaco por problemas coronarios dudó pero, por no dejarla sola, aceptó. No estaba acostumbrado, y tras unas caladas a fondo y unos tragos, el camino al dormitorio quedó despejado. Después de aquella noche, ella supo perfectamente que ya siempre tendría poder sobre él.

Se vieron cada día. Al poco tiempo Isabelle esperaba un hijo suyo y Alain, pensando que aquello duraría siempre, anunció a su esposa que quería divorciarse. Ella aceptó, muy a su pesar, porque amaba a su marido y seguiría amándole. Isabelle habló con sus padres y planearon casarse cuando los papeles estuvieran listos. Alain pensó que el hijo y el matrimonio serían los lazos para retenerla.

El embarazo seguía su curso natural y no hubo tiempo de hacer papeles porque nació un niño al que pusieron Pierre, Petit Pierre como le llamaba su padre, quien pronto empezó a darse cuenta del error que había cometido.

Tiempo de depredaciones

Un convoy de embarcaciones arrastradas en *traina* por una barca a motor se dirigen hasta el lugar donde está tendida la "isla" de la *tonnara*, un punto preciso situado entre las *Tacche Bianche* y la *Punta delle Oche* (los carlofortinos llaman ocas a las gaviotas). No llevan motor ni mástiles para disponer de todo el espacio posible para carga en el viaje de regreso. El sol abrasa y el equipo está al acecho. Hoy están todos, y están expectantes.

Faltan minutos para las diez y el convoy alcanza la isla de redes. Dos de las barcas, las más grandes, las oscuras *vascelli*, se van colocando en los lados opuestos de la cámara de la muerte. Desde ellas se efectuará la operación de ir disminuyendo la distancia entre la red y la superficie. Las otras barcas, llamadas

bastarde, rimorchi y paliscarmotti según la función que tienen encomendada, se van colocando perpendicularmente respecto a los *vascelli* formando un cuadrado hasta cerrar el cerco.

El nueve de Junio de 2009 quedan dieciocho toneladas para no sobrepasar la cuota y se disputa un envite de incertidumbres, a cara o cruz, en la que una jornada como la de hoy determinará los resultados de todo el año. Hay más de medio millar de atunes encerrados en la *bordona* y los buceadores han calculado un peso medio de cincuenta kilos. Estamos a final de campaña, con el mistral instalado hasta ayer y cuatro salidas anteriores que han sido un absoluto desastre.

Seis robustas barcasas y varios botes rodean, cerca de mediodía, el cuerpo central de la *tonnara* de La Punta, en la Isla de San Pietro. Hasta sesenta atuneros, capitaneados por el rais, se reparten expectantes a lo largo de las bordas y mantienen la vista fija en el centro del cuadro a la espera de alguna señal en el agua. La mayoría llevan prendas impermeables, rojas algunas, amarillas las demás. Otros van con el torso desnudo, con camisetas blancas o negras, cubiertos con gorras, pañuelos o a cabeza descubierta, los que van a bajar a la red ya están en traje de baño. Los buceadores del *Carloforte Diving Center* llevan más de diez minutos sumergidos para comprobar si los atunes han llegado hasta el final de la trampa. Pero no hay movimientos. El mar está tranquilo. Es el reparo de mareas, el momento propicio para la faena.

Un laberinto de celos

Cuando quedó embarazada, Isabelle había decidido no moverse de su apartamento, que era lo bastante grande para ella, Alain y el niño que estaba en camino. Contrataron una asistenta las 24 horas y volvió a trabajar. Un día, llegó tarde a casa y otro también. La excusa del trabajo ya no funcionaba, hasta que una amiga le dijo a su marido que había visto a Isabelle con otro médico del CHU en un hotel de Arcachon. Alain miró el calendario y era efectivamente el fin de semana que Isabelle había tenido el congreso de su empresa. Ella negó tercamente cualquier relación y no lo tuvo difícil para envolver el *affaire* en asuntos de trabajo.

Los celos de Alain, ejerciendo de padre-abuelo, crecían cada día que transcurría y ya no tenía ninguna duda de lo que estaba ocurriendo. Comprendió que ella sólo había querido la experiencia de su ser masculino, y ya la había conseguido. Ahora que la sabía con otro hombre empezaba a ver en ella un espíritu peligroso, hostil, una amenaza que empezaba a alzarse contra él para perturbar todos sus planes. Hasta que un día, en el bar que solía concurrir el personal del gremio, encontró en la barra a Margot, una enfermera que siempre le había atraído, y con la que nunca había pasado de algún que otro beso etílico. También estaba allí el nuevo amante de Isabelle, que al rato desapareció. Margot estaba completamente borracha, como era normal en ella y la conversación se centró naturalmente en Isabelle.

–Es típico de ella –afirmó Margot–. Es una niña consentida que siempre desea lo que no puede conseguir y una vez lo tiene, zas, deja de interesarle. Así pasó con Martín Bonnet, el endocrino, hace un par de años. Estoy segura de que todavía se ven de tanto en tanto.

–Pero esta vez es diferente –protestó Alain, al que los celos comenzaban a arañarle las tripas–. Ahora tiene un hijo, y ha pasado los treinta. Muchas mujeres cambian a partir de esta edad.

–No, Isabelle no va a cambiar nunca –aseguró la enfermera a la que el alcohol había encendido las mejillas y avivado el brillo de los ojos–. Es de las que les gusta jugar con varias barajas. Ella seguirá contigo para tener un puerto de refugio en caso de tormenta, pero con buen tiempo volverá a navegar a vela tendida.

Alain bebía y bebía, con el ánimo desgarrado. Su pensamiento estaba ofuscado pero no tenía más remedio que creer en las palabras de Margot, que confirmaban sus sospechas. Cuando cerraron el local, consciente de que era mejor no conducir, subió al coche de su amiga y se encontró en la cama con ella, en un sencillo apartamento de la Avenue Barthou. No tuvo problemas para disfrutar del cuerpo de aquella mujer de labios carnosos, ojos verdes y piel blanca salpicada de pecas como un gran bocadillo de pan integral. Le hizo el amor con rabia mientras ella se dejaba hacer.

Margot le hizo prometer que no le diría nada a su mujer. Al día siguiente, al amanecer, llegó a casa de Isabelle, que dormía. Ella se despertó y tuvo que contarle una historia de un accidente y una emergencia que le habían retenido toda la noche. Isabelle le escuchaba con un ojo abierto y el otro cerrado y volvió a dormirse.

Unos días más tarde Isabelle preguntó:

–¿Que hacías en el bistrot des Grands Hommes el pasado viernes?

–Ya te dije que fui a tomar una copa después del trabajo- aclaró Alain con naturalidad fingida.

–Me refiero a Margot, la que estaba en Recursos humanos y ahora ha pasado a “Nefro”. El camarero me ha dicho que al cerrar salisteis los dos juntos.

¡Qué fácil hubiese sido seguir el juego y sostener que habían salido juntos porque eran los últimos y que después se habían despedido, o habían seguido la conversación en cualquier otro sitio! Pero la que interrogaba era una mujer astuta y lo hacía mejor que la policía. Alain, empujado por una amalgama confusa de sentimientos de culpa y de venganza confesó de plano:

–Fuimos a su piso y me quedé a dormir. ¿Qué quieres, no pensarás que tienes la exclusiva?

Isabelle tuvo una reacción desbocada, más allá de lo que cabría esperar en alguien que no tiene las manos limpias. Pero así es la ley del embudo. Una tormenta de revulsión hacia él sacudió a Isabelle de manera indomable. Gritos y amenazas, entre las que estaban la de contárselo a sus padres, al colectivo del hospital, de echarle de su casa y quedarse con Petit Pierre. Después cogió el teléfono, buscó el número del hospital, preguntó por Nefrología y cuando tuvo a Margot a su alcance continuó profiriendo insultos y amenazas de las que la desprevenida enfermera se defendió como pudo.

Pasadas unas horas, la escena no remitía, sino que iba arreciando como una tormenta de olas cada vez más encrespadas y furiosas, y Alain tuvo que hacer apresuradamente una maleta y salir hacia un hotel en el que contrató una permanencia estable.

La *mattanza*

Un buceador ha tirado de la cuerda que le une a un bote. Los peces están dentro. Los marineros gritan y se arengan. “¡Subid la reeed!, subid más la red” ordena el rais, “¡Copo, copooo!! ¡Tira, tira, tiraaa! “. Pronto aflora a la superficie el bullicioso tesoro de los peces, que enseñan sus gruesas y brillantes carnes al aire y al sol.

A una orden del rais se paran y fijan los extremos de la red a los *vascelli*. Sigue un instante de calma y de preparativos. El silencio se rompe de repente al estallar el grito de *incoccia*, con el que el rais ordena el comienzo de la lucha encarnizada y furiosa entre el hombre y su presa. Las barcas apenas están separadas por unos metros, y en el centro el mar está en ebullición. Ruido, agua y espuma. Los gigantes plateados reparten aletazos intentando escapar de su agonía. Pero es tarde. Los *tonnarotti* de agua, impacientes, ya han saltado a la red.

Hay que apresurarse. “¡Ni un pescado en el *copo*, ni uno!” , ordena el rais. En el centro está la *musciara*, una pequeña barca oscura con el interior pintado de azul celeste, manejada por un marinero, desde donde el rais va señalando los atunes mayores que se arremolinan alrededor de la pequeña embarcación. Los atuneros los arponean con una larga pica y simultáneamente otros los agarran con los *croccus*, arpones mucho más cortos, para subirlos a bordo.

Los cuerpos de los atunes se convulsionan, se golpean entre ellos, se agitan como posesos, con saltos y fintas aparecen y desaparecen entre la espuma verde y azul del mar. Los rayos del sol se reflejan arrítmicamente sobre su piel plateada cada vez que aparecen sobre el agua. El estruendo de golpes, embestidas, choques, gritos, voces, chillidos y gestos acompaña la escena mientras el mar se tiñe de rojo, en una ceremonia que se inscribe de lleno en

el tiempo y el espacio de las depredaciones violentas. Los atuneros, sudados y enloquecidos manejan y cobran las presas con experiencia. Sube la adrenalina y el agua parece hervir.

El rais y su acompañante abandonan la *musciara* y suben a una de las barcazas. El trabajo de izar los atunes a bordo requiere una gran coordinación, es una labor de equipo y un falso movimiento puede ocasionar un accidente. Algunos se dejan caer hacia atrás, aprovechando la fuerza del enemigo en su beneficio, en este caso los estertores de la agonía de la presa, y el atún acaba sobre la madera de la barcaza, donde todavía se debate por un espacio de tiempo. Varios marineros se pelean cuerpo a cuerpo con algunos atunes que casi doblan el peso de un hombre. Y un pescador va de un lado a otro, saltando de atún a atún, para desangrarlos con un incisivo golpe de puñal. El cerco de redes queda completamente teñido con una espuma rojiza, y las barcazas se llenan de cientos de criaturas agonizantes arrebatadas de su mundo.

Después, se dejan las redes listas aunque no habrá una próxima *mattanza* porque ya se ha superado la cuota y el mar recupera lentamente su color verde y azul. Los *vascelli* son remolcados hasta La Punta cargados de atunes protegidos por una lona azul que reduce el calor durante el viaje. Desembarcados en el muelle pasan al interior, donde se procede a la decapitación que viene efectuada con evidente maestría.

La *mattanza* de hoy ha durado casi cuatro horas, el trabajo completo, algunas más, para continuar en la memoria de sus protagonistas. La pesca del atún tiene mucho de rito sacrificial: la lucha, la muerte, el triunfo. Es el tributo del mar antes de que los atunes "enamorados" dejen de "correr" en busca de aguas calientes para reproducirse y continuar la especie.

"Hola, soy yo, llámame"

En los meses que siguieron Alain sólo tenía un pensamiento: recuperar a Isabelle. No podía asimilar lo que le habría sucedido. Su primera mujer se había ido con Valérie, la menor de sus hijas, a un pueblecito situado entre Perpignan y el mar llamado Laroque des Albères, con la idea de cuidar a su madre y allí encontró trabajo en la Oficina de Turismo del Ayuntamiento. Alain volvió a su antigua residencia, en el barrio de Caudéran, en las afueras de Bordeaux. Su hija menor, Laurance, compartía la casa con él, aunque casi siempre estaba en la de los padres de su novio.

Un cuarto de siglo de recuerdos son muchos recuerdos. La absoluta certeza de que su primera mujer seguía queriéndole no le aportaba ningún consuelo, más bien avivaba el sentido de culpa. Rodeado de muebles, cuadros y libros que habían sido testimonio de la infancia de sus hijas, de los años pasados con Marie, de sus viajes, de las vacaciones familiares, el sentimiento de soledad se iba haciendo más absoluto cada día que pasaba. Y en su mente sólo cabía una obsesión: recuperar a Isabelle, recuperar la pasión que ella le había encendido

primero y retirado después, arrojándole de su vida como un juguete que ya no tiene interés, como un juguete aburrido y roto.

La llamaba a menudo y al saber que ella volvía a estar sola, habían brotado tallos verdes en el páramo de su soledad. A veces ella le hacía caso, escuchaba sus patéticas divagaciones por teléfono, siempre hablando poco, le dejaba a Petit Pierre cuando él estaba en disposición de ocuparse del niño. Algunas veces estaban los tres en casa de ella y Alain, aunque ella le rechazaba con suavidad, volvía a sentirse como antes. Su vida transcurría entre la rutina del hospital y un único deseo, verla, estar con ella un rato, que siempre le parecía corto, para mantener activada alguna esperanza.

Fue entonces cuando Michel y Rose, ex funcionarios del Liceo Francés que habían vivido en Atenas, Santiago de Chile y Viena y conservaban su empuje aventurero después de la jubilación, le habían invitado a Cerdeña, donde habían alquilado un yate con *skipper* para dar la vuelta a la isla.

Volvió a llamar a Isabelle, que le dijo que le apetecía ir a Cerdeña, pero que ahora no le iba bien. Él insistió un día si y el otro también. Ella quiso saber las características del barco. "Un yate de motor y vela, de doce metros -la vela es simbólica-, se llama *Sabik*, el patrón duerme a proa, es muy simpático y hay dos camas dobles a popa, una para Michel y Rose y la otra para nosotros. Cocina, ducha y todo lo demás. Han estado en la Costa Esmeralda y bajarán costeano hasta Cagliari. He mirado por Internet y hay un avión diario desde Bordeaux."

Alain empezaba a resignarse a ir sólo, más por cambiar de aires que por ganas de recorrer la costa italiana, cuando por fin un día, al volver del trabajo, había un mensaje en el contestador: "Hola, soy yo, llámame".

A bordo del *Sabik*

Al llegar el día convenido, recogió a Isabelle en su casa, llevaron a Petit Pierre con los padres de ella. Alain esperó en el coche y salieron hacia el aeropuerto. Al cabo de unas horas estaban en la Terminal de Elmas, donde pidieron a un taxista que les llevase a la dirección que Michel le había dado: Marina de Bonaria, el puerto deportivo de Cagliari. Una vez allí acudieron al Náutico para preguntar por el yate de Massimo. En aquel momento entraban en el bar Michel y Rose, cargados con bolsas, sonrientes y acompañados por otro hombre. Al verles se precipitaron hacia ellos y Michel estrechó la mano de Alain mientras Rose abrazaba a Isabelle efusivamente.

—Éste es nuestro *skipper* —dijo Rose señalando al acompañante, un hombre alto y abrasado por el sol, de cara ancha y mirada limpia, con el pelo blanco revuelto, perilla y bigote de guías caídas.

–Casanova... Massimo, el gusto es mío- se presentó el patrón estrechando la mano a la pareja.

–Podemos ir al barco ahora y dejar vuestro equipaje, después podemos ir a cenar, en el barrio de La Marina todo está abierto hasta las once– aseguró Rose.

Cuando llegaron al embarcadero anduvieron por la pasarela donde una buena cantidad de yates de formas y tamaños diversos estaban atracados uno al lado del otro. Curiosa por saber cómo era el *Sabik*, Isabelle caminaba detrás de Massimo seguida por Alain. Rose y Michel cerraban la comitiva. Una vez a bordo bajaron la escala que conducía a la cabina y Rose les indicó sus puestos. El patrón dormía a proa, efectivamente, pero ni había ninguna separación entre su cama y la de sus anfitriones. Se sentaron en el banco en forma de u, tapizado con una tela de franjas blancas y azules, Rose puso sobre la mesa varias bolsas de *snacks*, sacó del mueble-bar una botella de pastis, terminó de llenar los vasos con agua muy fría, y levantando el suyo propuso un brindis:

– ¡Bienvenidos a bordo, bienvenidos al Sur!

Cenaron los cinco en Cagliari, en el *Su Milese*, y después volvieron al yate.

– ¿Qué planes tenemos para mañana?- quiso saber Alain.

Rose explicó que la previsión del tiempo era buena y que aprovecharían para navegar hasta la isla de San Pietro, recorriendo el tramo de costa que les faltaba para completar el giro de Cerdeña. Además, les habían hablado de la posibilidad de asistir a una *mattanza*, nombre que los italianos dan al arte de cobrar los atunes del mar mediante un conjunto de redes llamada *tonnara*.

–*Tonnara* literalmente significa “trampa de atunes”- intervino Massimo-, la sobrepesca del último decenio ha llevado a la especie a la inminente extinción.

– ¿Es aquello donde los machacan, los arponean y llenan el mar de sangre? – preguntó Isabelle.

–Bueno, en realidad se trata de un arte de pesca milenario y absolutamente sostenible -puntualizó Massimo.

– ¡Es un espectáculo cruel y sanguinario! pero dicen que hay pocas ocasiones para verlo y que tiene los días contados- exclamó Rose excitada.

–Bueno, yo más bien creo que... –empezó a decir Michel que hasta ahora no había abierto la boca.

–Michel, te lo ruego –ordenó su mujer, que en realidad no había parado de hablar en toda la noche–, déjame terminar.

Isabelle lanzó a Massimo una mirada divertida, que el *skipper* devolvió inmediatamente.

El *Sabik* recorrió el litoral con un tiempo sereno y soleado. A mediodía echaron el ancla en una cala cerca de la costa de San Elmo, un lugar de arena blanca y aguas turquesa y aprovecharon para hacerse un baño. Las mujeres se tendieron en la madera de cubierta a pleno sol, Rose en *topless*, mientras que Isabelle, que sin duda prefería el "bitono", mantuvo abrochada la parte superior, incluso cuando yacía de espaldas al sol. Este detalle no pasó desapercibido a Alain, que cada vez que la miraba sentía un escalofrío.

Cuando empezaba a oscurecer avistaron la isla de San Pietro, y pusieron rumbo a Carloforte donde el *Sail Charter* tenía su base. Allí amarró el *Sabik* e Isabelle se acercó a Alain susurrándole al oído: "¿Por qué no vamos a un hotel en el pueblo?, así podríamos ducharnos y estaríamos mas tranquilos.

Alain rogó a Massimo que les hiciese la reserva y después de dos llamadas infructuosas, el *skipper* les ofreció la única habitación libre en todo Carloforte, en el albergue más exclusivo de la isla. Isabelle parecía complacida.

–Se puede ir andando, así veréis el puerto– sugirió Massimo.

–Hay demasiada gente y estoy cansada –protestó Isabelle. Al cabo de cinco minutos un taxi estaba frente al *Sail Charter* para llevarles al hotel.

El recepcionista les esperaba en la entrada del Hotel Hieracon, un soberbio edificio del ochocientos que tenía la fachada pintada de verde pálido y las grandes ventanas resaltadas con dinteles aparentes de blanco marfil. Tiraron las bolsas en el sillón, apartaron la colcha y se tumbaron sobre la cama, cansados del sol y del baño de mediodía. Isabelle demostró una absoluta falta de interés por Alain, que volvió a sentir en su corazón el tormento de la indiferencia. Pasadas unas horas, se ducharon para quitarse la sal, ella después de él, y se encontraron apoyados en la baranda del balcón desde donde se divisaba el ajetreo de la gente y las luces del puerto.

–No me mandes la prisa y todo irá bien– se limitó a decir ella.

Alain había perdido por completo el apetito, Isabelle se dedicó a hojear las revistas que se apilaban en la mesita de noche y cuando él se hubo dormido, se acercó al baño y tras un detenido diálogo con el espejo, salió para dar una vuelta y comer alguna tontería.

Cuando se despertó al día siguiente, Alain ya se había duchado y estaba llamando al barco. Hablaba con Rose.

–Vale, os esperamos aquí en el hotel dentro de una hora y media y desayunamos juntos.

Cuando Alain volvió la cabeza vio a Isabelle envuelta con la colcha de satén dorado, que acercándose hacia él, le invitaba a sentarse en la silla del escritorio con una decidida presión en el hombro. Le aflojó el cinturón del albornoz del hotel que llevaba puesto, le pasó los brazos por detrás de la silla y le ató las muñecas al respaldo de manera simbólica.

– ¡No te muevas!– ordenó con desusada energía.

Y empezó la pasarela. Dejó caer la colcha a sus pies para que Alain recorriese con la vista su cuerpo desnudo de *fausse maigre*, en el que aparecían visibles las marcas de piel blanca que había dejado el bikini. Se recogió el pelo largo, oscuro y rizado encima de la cabeza sujetándolo con un clip, se ajustó la gargantilla que le rodeaba el cuello, se echó el flequillo adelante, e inclinándose de nuevo recogió la colcha para efectuar con su ayuda un recorrido completo por la historia del vestido. De *faraona* egipcia pasó a vestal romana, de cortesana del Renacimiento a emperatriz del Segundo Imperio. Los gestos y las miradas daban interpretación y sentido al vestuario. Cuando consideró agotado aquel repertorio, desapareció en el cuarto de baño.

Alain pensó que todo aquello era decididamente absurdo, él no entendía de juegos. En su profesión no habían medias tintas, los datos debían ser cuantificados y los hechos clasificados y sometidos a un orden preciso y determinado. “¿Había algo más ridículo que una mujer haciendo el tonto frente a un hombre?”, pensaba, cuando Isabelle asomó de nuevo la cabeza por la puerta del cuarto de baño. Esta vez llevaba el pelo suelto, partido por la mitad, que le tapaba parcialmente los senos, con los pezones y los labios pintados de *kool* negro, una toalla amarilla sujeta a la cintura, y había sustituido la gargantilla por varios collares de fantasía, tal como las indígenas aparecen representadas en el imaginario occidental.

Poco a poco Alain iba avanzando irremisiblemente por el laberinto de redes que forman la almadraba, ignorando completamente su destino. El deseo había llegado a un punto en el que el retorno era imposible y por ésto ya no tenía elección. Un deseo que le paralizaba impidiéndole cualquier iniciativa.

El desfile prosiguió; un vestidito estampado a lo *sixties*, acompañado con poses de “niña buena”, y de nuevo otro cambio de registro, esta vez un bikini negro y zapatos de talón del mismo color. Después reemplazó el bikini por una chaquetilla verde de ante, todo el rato jugando a “mala como era”, hasta que puso fin a la demostración, le desató y desapareció por última vez en el cuarto de baño, de donde al rato volvió a asomar, radiante y lista para el desayuno.

Michel y Rose les esperaban en el comedor.

–Nos han llamado del *Diving* para decirnos que mañana es casi seguro que se hace *mattanza* –les comunicó Rose–. Dice Massimo que con ellos nunca se sabe. La navegación en la zona de la isla de redes está prohibida y sólo se puede ver desde el barco de los submarinistas, con rigurosa lista de espera, así

que mañana habrá que madrugar. Hoy aprovecharemos para bañarnos y por la tarde podemos ir a visitar los establecimientos de la *tonnara*.

Embarcados en el *Sabik*, costearon la parte sur de la isla hasta llegar a un faro, donde Massimo dio la vuelta y al rato echó el ancla en una pequeña cala que atesoraba una playa de aguas limpias y fondo de arena fina, inmensamente blanca. Hacía calor y todos acabaron en el agua.

Massimo era un tipo agradable, despreocupado, abierto y flexible, que no ponía fuerza ni intensidad en nada y además sabía como alzarse por encima de la monotonía de la realidad. Ésto le gustaba a Isabelle, que estaba muy cansada de la intensidad de Alain. Massimo tenía en todo caso un arsenal de ataque y una manera de aproximarse a una mujer como ella que Alain no había conocido ni en sueños. Entre ella y el *skipper* se estableció un puro juego mental y ambos mantenían la conversación al nivel de este puro juego.

Rose se arrimó a la cocina para ayudara Massimo –o mejor dicho para entrometerse–, en la preparación de una sepia con guisantes que, acompañada de unas buenas rodajas de atún fresco y un par de botellas de vino blanco, les puso a todos al borde de la siesta. Rose insistió.

– ¿Queréis un café?

Los otros, que no querían molestar, no demostraron un interés excesivo, y Rose seguía preguntando, cada vez más exigente.

– ¿De verdad no queréis un café? Es un momento prepararlo, no, que va, no es ninguna molestia.

–Bueno –asintieron los demás– y entonces Rose ordenó a su marido:

–Michel, anda, ve a la cocina y prepara los cafés.

Y entonces todos rieron, divertidos, despreocupados e intemporales.

La muerte se alzaba frente a el y ya no había escapatoria

Una suave brisa refrescaba la atmósfera. El matrimonio se quedó dormido en cubierta y Massimo se fue con el *dingui* para recoger unas caracolas que había visto en el mar, cerca de la playa. Entonces Isabelle tomó de la mano a Alain y bajaron a la cabina donde ambos se sentaron en una de las camas.

– ¿Y si viene alguien qué?– susurró para no ser oído, pero las protestas cesaron de inmediato cuando ella, todavía con el bikini dorado puesto, se arrodilló en el parquet, frente a la cama, le bajó el traje de baño con ademanes precisos y se aprestó a devorar su salada presa que, sintiendo un deseo más profundo que la muerte, permanecía radicalmente suspendida de los últimos límites de su

conciencia.

–Si viene alguien, que pase y mire. Tal vez Massimo vuelva y le enseñamos la teoría del cielo –murmuró Isabelle con voz apenas perceptible.

Ella le miró a la cara y sus ojos, oscuros e inacabados, tenían un gesto furtivo y el aspecto de un conocimiento insondable de la oscuridad. Alain continuó sentado, echado hacia atrás en la cama, ella se puso de pie y apartando el borde de su bañador, efectuó el ajuste con precisión, flexionó las piernas, y su cuerpo fue descendiendo lentamente hasta llegar al final del recorrido, después volvió a subir, y así siguió hasta que llegó la marea que distorsionaba el mar. Aunque Alain no lo sabía, acababa de entrar en la cámara de poniente, también conocida como antecámara de la muerte.

Decidieron volver al puerto y en un coche guiado por Massimo fueron a visitar la vieja *tonnara* de La Punta que parecía una pequeña ciudad, con puertas, almacenes, galerías, patios, atrios, capilla. Las oxidadas máquinas de hervir y preparar el atún, un almacén con las latas vacías de cuando se envasó por última vez, atestiguaban tiempos gloriosos que ya no volverán. Dentro de unos años toda esta arqueología industrial será probablemente recuperada como museo. Las resistentes cajas de cartón ondulado estaban apiladas en otra nave encima de *palets* con una marca impresa en caracteres japoneses. Dentro, unas bolsas de aluminio que, rellenas de hielo, mantendrán estable a bordo del avión el cuerpo del atún. Sarcófagos con destino a tierras lejanas, hoy esperando días mejores con motivo de la crisis.

Ahora estaban conscientes y preparados para la *mattanza* del día siguiente. De todos modos no era todavía seguro que se hiciese, los del *Diving* les llamarían cuando se hubiese decidido. Massimo sugirió que el atún rojo hallaba la muerte mientras seguía el impulso de reproducirse, y así fue como el grupo se puso a hablar sobre el amor y la muerte. La conversación prosiguió por la noche a bordo del *Sabik*, mientras Rose y Michel recogían los platos de la cena y se iban duchando por turnos.

–La muerte no existe realmente en un sentido estricto –sentenció Alain–, porque mientras vivimos no hay muerte y cuando morimos no hay vida, es decir que nunca coinciden.

–Hay algo más –sugirió Massimo–, no todo se acaba porque los que mueren, y si al morir aún pueden amar y pueden creer, no mueren realmente, porque siguen viviendo en la memoria de los amados.

–Yo también pienso lo mismo. Ay Alain, hijo, Massimo tiene toda la razón; eres tan limitado como un callejón sin salida– le dijo Isabelle malignamente.

–Después de la muerte no hay nada– insistió Alain con tozuda convicción.

Al cabo de un rato, cansados del barco y del sol, y con la mirada puesta en aprovechar el día siguiente, todos procuraron dormir. Los ojos amplios y llenos de oscuridad de Isabelle estaban fijos sobre él como dos lunas vacías. Una oscuridad que a Alain le apagaba el alma.

Acurrucado en un extremo de la cama, volvió a sentir en el pecho aquel dolor precordial que había vuelto a aparecer hacía unos días, y cada vez con mayor intensidad. La estrechez del camarote le agobiaba, Isabelle dormía profundamente y haciendo un esfuerzo sobrehumano por controlarse, tomó tres pastillas de Tranquimacin para evitar al menos una crisis de angustia. Probó de dormir pensando que estaba dentro de un ataúd, muerto para siempre, de esta manera al despertarse, al encontrarse vivo, vería al menos que su situación no era tan desesperada. Y por fin se durmió un rato, mirando a través del ojo de buey las estrellas grandes y centelleantes, mirando desesperadamente la eternidad.

A las ocho salían para La Punta. Vio como los demás se levantaban y se vestían y al quedarse sólo con Isabelle le preguntó, un poco espeso por efecto de las pastillas:

–Dime, ¿No sientes nada por mí? ¿Crees que hay alguna posibilidad para nosotros dos?

Ella respondió con una despreocupación insultante:

–Un día te tomé en serio, lo confieso, pero eso fue hace tiempo, ahora todo ha terminado entre tú y yo. Nunca podría volver contigo. Me aburres Alain; a veces pienso que acabarías con la paciencia de una piedra. ¿Eres tan tonto que aún no te has dado cuenta? Si al menos fueras como Massimo... –le dijo para provocarle.

Un relámpago cegador cruzó el cerebro de Alain, su cuerpo recibió una descarga. Su corazón se había incendiado. Incorporándose de un brinco, cogió entre sus manos el cuello de Isabelle, aquel cuello suave y hermoso, en el que mientras lo apretaba podía notar los vaivenes inconstantes de su personalidad. Por unos instantes el placer embargó su alma hasta que notó la resistencia de ella para evitar este abrazo mortal que cada vez se haría más violento. Sólo entonces se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Él, que había jurado defender la vida de los demás, estaba intentando disponer de la de aquella mujer. ¡Era una insensatez! Y aflojando el cerco de las manos, la lucha quedó atrás y la presión se hizo más suave hasta cesar por completo.

– ¡Alain, Isabelle, que tenemos que irnos! Massimo está esperando con el coche –gritó Rose desde cubierta.

– ¡Eres un desgraciado, un cobarde, ésto no quedará así! –amenazó Isabelle recogiendo el bolso mientras se levantaba de la cama y sacudía la cabeza para alejar de si el odio ingobernable que llenaba su corazón.

– ¿Qué pasa con Alain? ¿No viene?

–No Rose, Alain no se encuentra bien, vámonos que se hace tarde –contestó, lanzándole una mirada de desprecio contenido y frío, sin saber que sería la última, porque éste era el momento en que la muerte se alzaba frente a él y ya no había escapatoria posible.

Cuando volvieron de la *mattanza* encontraron a Alain, todavía desnudo, en el suelo de la cabina. En la mano tenía algo fuertemente apretado. Isabelle consiguió abrísela y encontró un *blister* de Cafinitrina, entero, intacto, sin abrir. Se lo guardó en el bolso.

No sabía que decir. ¿Qué debía sentir? ¿Qué debía hacer? ¿Qué esperaban todos de ella que hiciese? ¿Qué le diría a "Petit Pierre"? "Ella podía amar, pero no había podido amarle a él", se mintió. "Otra vez sería distinto" se volvió a mentir. "¿Y si no lo fuese? ¿Y si ella fuese realmente incapaz de amar?" se dijo de pronto con una veracidad brutal y permaneció fríamente perpleja sentada en el banco de cubierta hasta que llegaron a hacerse cargo del cadáver.

L'unione sarda

10 de Junio 2009

IN BREVE

Diletta Cherra

Carloforte

La *mattanza* de ayer en la *tonnara* de La Punta en la Isla de San Pietro ha resultado ser la mejor no sólo de esta temporada, que empezó mal, sino de los últimos tres años. Se han capturado cerca de 300 ejemplares con un peso medio de 60 Kg. que pasarán en su mayoría a surtir las mesas italianas debido a la caída de las expediciones al Japón, fuertemente golpeado por la crisis. Lo relevante de esta captura es que se sólo se han dejado entrar en la cámara de la muerte el número permitido, liberando los buceadores a más de la mitad de los atunes encerrados en las redes. Esta circunstancia permite un cierto optimismo respecto a las fatídicas previsiones sobre el exterminio del atún rojo en el Mediterráneo. Aunque no deben descartarse otras causas, podría ser la primera consecuencia del cumplimiento de las medidas que hasta ahora no habían salido de los despachos de la ICCAT (Comisión Internacional para la Conservación del Atún Atlántico). Con la *mattanza* de ayer, y aunque la isla de redes se está volviendo a llenar de atunes, no será posible capturarlos porque se ha llegado a la cuota asignada por la ICATT.

Francesco Gargano, portavoz de la *Consociazione Tonnare di Carloforte e Portoscuso*, propiedad de la familia genovesa Greco, lamenta que se impongan

límites a un sistema de pesca como la *tonnara*. "Debido a las características de este tipo de pesca, que es pasivo, es imposible hacer una estimación de las capturas, porque al ser un arte fijo, anclado, no se puede ir en busca del atún, sino que tiene que ser el atún el que entre en la *tonnara*. Un año bueno sirve para compensar los malos", afirma Francesco Gargano.

La legislación decreta reducir las capturas, prolongar las vedas y aumentar la talla mínima para asegurar que los peces cumplen su ciclo vital. También prohíbe el uso de avionetas para localizar los cardúmenes por parte de los grandes cerqueros, capaces de levantar mil ejemplares por lance, y establece sistemas de inspección para que los buques declaren toda su pesca y para que no puedan transbordarla a barcos de otros pabellones a fin de sortear los cupos. Todo vale en la guerra del atún. La solución para el atún rojo no está en señalar límites que después se van a incumplir, sino adecuar la capacidad pesquera del Mediterráneo a los recursos existentes: "La flota no puede estar por encima de la capacidad del mar. Es como tener el escaparate de una joyería sin cristal", añade Gargano.

Las almadrabas pescan desde tiempos inmemoriales y no han incidido nunca en la desaparición de la especie. Los recientes sistemas de pesca de cerco han obtenido una cuota por una pesca que antes no existía. Engordarlos durante años con sardinas y arenques supone una depredación enorme, con una devastación del medio sólo comparable a la contaminación que producen. Su muerte final mediante un disparo, se me antoja algo parecido a un exterminio. Con la limitación de cuota, la sobrepesca de atunes para las nuevas granjas o corrales de engorde por parte de las pesqueras de cerco, la gran cantidad de atunes almacenados en los congeladores japoneses, la recesión de ese país, el inestable valor del yen, llevan a pensar que si no cambian las cosas, la *tonnara* de Carloforte, que es una de las últimas en funcionamiento en Italia, será económicamente inviable en dos o tres años. Ésto si todavía queda atún.

L'Unione sarda

10 de Junio 2009

IN BREVE

Leopoldo Boccassini

Carloforte

Turista francés muere a bordo, por causa de un infarto.

Muere en una barca un turista francés en Carloforte. El hombre, de 53 años había llegado a la isla unos días antes en compañía de su mujer de 31 procedente de Bordeaux (Francia) invitados por una pareja de amigos. Habían alquilado un barco a la *Carloforte Sail Charter* y habían ido en coche de excursión a la *tonnara* de La Punta. El hombre se había quedado en el barco porque se sentía indispuerto. Al regresar, se encuentran con la tragedia. El hombre, que era médico de profesión, estaba muerto, muy probablemente de

un infarto. Los *carabinieri* han avisado a la embajada francesa y los despojos serán transferidos a la ciudad de Bordeaux en los próximos días.

CARLOFORTE
Gente de almadraba
2009

Joan-Carles Roca Sans

EPÍLOGO

Texto de presentación del catálogo "*La mirada y el gesto*". 1992

José Luís Jiménez- Frontín

Tal vez, lo que más inquiete de la última producción pictórica de Roca Sans es el hecho de que nos confronte, precisamente, a un tiempo anterior y posterior a la significación iconográfica de cada uno de sus cuadros. El universo plástico del artista remite a otro referente que, a su vez, remite a otro tiempo y a otro espacio, presentes en la ausencia de lo que no se dice, lo que no se menciona, lo que si se dijera o mencionara dejaría de ser, o como mínimo, dejaría de introducirnos en el vacío, denso e insoportable, de lo que no conviene que sea mencionado.

Ese tiempo y ese espacio que, en su ausencia, gravitan ominosamente sobre su obra, son el tiempo y el espacio de las depredaciones, es decir, de las devoraciones violentas, de las apropiaciones de la carne y la sangre de la víctima propiciatoria por parte del deseo sin límites del depredador, depredador que, a su vez, ha sido o será presa de otro depredador, su hermano, su semejante, su prójimo, mientras nosotros, hipócritas lectores, somos testigos impotentes y mudos de tamaño espectáculo.

La captación de este instante que remite a otro instante que fatalmente ha de suceder la resuelve el pintor mediante la fijación en el espacio del lienzo de una mirada nunca frontal, una mirada que no nos mira, a la que no interesamos, una mirada, por el contrario, siempre atenta a las más sutiles presencias y mensajes de su entorno -un entorno que nosotros no podemos ver, pero que

no ignoramos-, que no es otra que la mirada alerta y exultante del depredador que nada desconoce de las reglas del juego en el que participa y en el que vive gloriosamente al día y al instante.

Así, las técnicas expresivas de una rotunda modernidad –modernidad que hunde sus raíces en la concepción benjaminiana del artista como vampírico y lúcido *flâneur*, así como en el neofigurativismo expresionista, en las lecciones de las técnicas secuenciales del cine y coloristas del pop o, ¿por qué no?, en la mera reflexión ante la existencia de las cámaras instamatic- no agotan dicha modernidad en fuegos de artificio, en su decorado urbano o, mejor aún, en su cielo cerrado, ni tan siquiera en su atinada fauna de víctimas-verdugos, sino que la recargan de las más densas connotaciones de los mitos originarios, que son siempre motos sacrificiales y, en este estricto sentido, sacramentos sangrientos que representan y exaltan la depredación como fuente primera y única de vida.

También en este segundo nivel al que necesariamente nos conduce la lectura de la más reciente obra de Roca Sans, su universo nos remite a un antes y a un después, que ya nada tienen que ver con las secuencias previas y posteriores a la figuración del cuadro, pero que por su condición ominosa y sagrada no deben ni pueden ser mencionados.